

PAPELES DE INVESTIGACIÓN

De la sociedad vigilante a la sociedad gansteril *From the Vigilant Society to the Gangster Society*

Javier ROIZ

Universidad Complutense de Madrid
jroizpar@cps.ucm.es



[A] las playas de los cíclopes vamos¹.

EL GOBIERNO DEL INVIDIVIDUO

El filósofo afro-americano Cornel West se lamentaba de la evolución de la sociedad democrática arraigada al calor del mercado: “Todo gira en torno a comprar y vender, a promocionar y anunciar”. Tal inclinación en este tipo de sociedad lleva, según él, a una gansterización de la cultura².

La reflexión de West parece sugerir que la entraña mercantil exacerbada de la sociedad norteamericana ha contaminado todos los aspectos de la vida diaria, saltando incluso a los ámbitos más privados. Como consecuencia de ello, concluye West, la cultura empieza a regirse por criterios gansteriles llenos de matoneo y secretismo familista.

En nuestra opinión, West intuye algo muy real pero que no acaba de interpretar por carecer quizá de la amplitud teórica necesaria. En este sentido uno de los puntos más importantes es la comprensión de esa sociedad en la que el liberalismo, con sus ideas sobre la libertad de mercado, su aristotelismo irredento y

¹ Publio VIRGILO MARÓN, *Eneida*, versión de Rubén Bonifaz Nuño, 2ª ed., UNAM, México, D.F., 2006, p. 64 (III, 569).

² “Everything revolves around buying and selling, promoting and advertising. This logic lead ultimately to the gangsterization of culture”. Cornel WEST, *The Cornel West Reader*, Basic Civitas Books, New York, 1999, p. 346.

la militarización de los ciudadanos, permite y alienta que se dé esta aberración de encumbrar lo gansteril a forma ejemplar de vida.

Eso nos coloca a los habitantes del siglo veintiuno en una posición difícil. Para empezar, debemos tomar conciencia de que no hay alternativa posible a la ideología liberal. Esto es algo que ya han puesto en palabras conspicuas desde conocidos políticos a afamados pensadores. De hecho, para algunos se llegó a pensar recientemente que la historia ya se había culminado con la consecución de esa sociedad abierta, liberal y con garantías democráticas³.

Si consideramos que las ideologías son productos emergidos de un mismo suelo, la *sociedad vigilante*, entonces no se hace tan aceptable esa idea delirante de que la historia ha llegado a su acmé y de que el espíritu humano ha conseguido su realización. Tampoco sirve ya de mucho pensar que se pueda llegar a una sociedad perfecta tras una marcha convulsa, de vida culminante, acelerada por la estrategia y el coraje de héroes individuales y colectivos revolucionarios.

No vamos a mencionar ciertas ideologías abrumadoras, como el fascismo, el marxismo o la anarquía, en donde la radicalidad y el exceso en casi todo pretendían llevarnos a una pureza gnóstica⁴; una salida que nos traería una especie de segunda naturaleza.

Comprender lo que es la sociedad vigilante ha sido necesario para desligarnos de esa maraña de planteamientos que nos han encerrado en un *laberinto maligno*. Su resultado lo hemos padecido con los supuestos sistemas ideológicos que se nos han vendido.

Hoy sabemos que todos estos manejos han sido llevados a cabo sobre una piedra básica: la tergiversación y el falseamiento de la historia política y social. De ahí, la llegada al paroxismo que ha supuesto el siglo veinte, con su récord de destrucción bélica y de acoso a la humanidad. Probablemente sea el resultado de una preparación previa muy rígida y elaborada con una terquedad malévola que va más allá de intereses de grupos y conspiraciones de malvados. Esa no puede ser la explicación.

Más sensato es entenderlo como el resultado de graves cegueras y rechazos de la población y de sus representantes con respecto a cosas que no se quieren saber. Puede que la historia social se base sobre todo en miedos humanos muy profundos e ignorancias trascendentales.

³ Francis FUKUYAMA, "The End of History?": *The National Interest* (summer 1989).

⁴ Debo estas ideas a mi colaborador Juan Dorado.

Ya hemos señalado en otra parte⁵ lo decisivo que ha sido el miedo occidental a aceptar la existencia de una inteligencia silenciosa, lo que algunos llaman mundo interno, y que ha tarado secularmente la ciencia del gobierno y de los des-gobiernos humanos. El repudio de tales conocimientos ha paralizado su avance y lo ha hecho suplantando su falta con otros conocimientos sucedáneos, como la intimidad, la inteligencia emocional o la irracionalidad de las artes.

EL TERRITORIO

Uno de los presupuestos de la capacidad soberana es la existencia de un territorio propio en la idea de Estado. Para ello es preciso dibujar, delimitar, una porción de terreno que va a ser ocupada perennemente y expropiada a todos los demás.

El territorio es marcado con una línea sobre el plano: se ponen límites. La línea puede aprovechar accidentes naturales o simplemente apreciaciones geométricas o cartográficas. Una vez trazado, aparece a continuación un espacio cerrado. En este recinto no entra cualquier cosa. Todo lo que penetre deberá tener a partir de ahora el permiso del propietario.

Por supuesto que las leyes brotarán en su casi totalidad del interior del territorio. Y en el mismo sentido se puede hablar de los habitantes del lugar. El *estar dentro* confiere mágicamente la calidad de súbditos del soberano. En algunos casos se intenta devaluar a personas que, aun estando dentro, han venido de fuera, ya que son extraños residentes. El prefijo “ex” comienza en el mundo del Estado a tener una importancia decisiva: dentro, fuera; o antes, ahora.

Claro que, si se nace dentro, como ocurre con las frutas, la fauna y los árboles del lugar, las personas casi siempre se convertirán automáticamente en ciudadanos nativos. Esta idea del territorio, tan fundamental en el derecho estatal, condiciona muchas otras cosas.

La producción de leyes como facultad de la soberanía se debe a esa necesidad de tener reglas nuevas en el interior del territorio. Pero el hecho de que sean leyes que solo tienen validez en un recinto limitado hace sospechar que la validez de la ley no está anclada en reflexiones que afectan al ser humano, sino en particular a los seres humanos que habitan por una u otra razón dentro de las fronteras.

⁵ Javier ROIZ, *A Vigilant Society. Jewish Thought and the State in Medieval Spain*, trad. de Selma Margaretten, State University of New York Press, Albany, New York, 2013, pp. 210-218.

Tal planteamiento hace que puedan aparecer leyes muy útiles y benefactoras con respecto a los habitantes de un país, pero que a la vez sean crueles o despreciativas para los de otra parte del planeta.

Probablemente se pueda alegar aquí que el derecho estatal no puede ir contra ciertos principios que emanan del derecho natural, la dignidad de la especie humana u otros. Pero esos principios, manifestados en algunas declaraciones de derechos universales, no son en la práctica respetados.

ARBITRATOR

La necesidad de legislar intra-territorialmente hace que se requiera un árbitro⁶, una figura o una entidad a la que se sometan voluntariamente —y con todo su ser— los habitantes del territorio. El árbitro, se nos dice, recibe la autorización voluntaria de todos sus ciudadanos, la entrega de sus vidas y obras, con objeto de que se pueda generar una ley, sancionarla y hacerla obligatoria para todos.

La ley de un territorio solo se aplica y obliga a los habitantes de dentro, sean o no súbditos; porque el hecho de morar en ese territorio les hace estar sujetos a sus autoridades. El hecho de que las leyes no sean válidas fuera de su territorio las hace convertirse más en un reglamento válido para el terreno de juego de la vida, que en leyes.

El reglamento contiene patrones de autoridad que en los deportes se imponen a los jugadores del interior del terreno. El árbitro exhibe una capacidad de organizar y regir el juego que le faculta, casi le obliga, a tomar decisiones automáticas, sin dudar ni esperar meditación alguna. Sus decisiones directas, inmediatas, suelen ir acompañadas de un gesto público sonoro o declamatorio como lo son los pitidos del árbitro y sus aspavientos. Todo buen árbitro ha de contar con un silbato que pare el juego de inmediato e imponga su sanción sin tener que dar cuenta de ella. Los jugadores la acatan porque lo han aceptado así voluntariamente al entrar a ese terreno de juego.

Es tal la aceptación de este engaño que hasta los autores vigilantes más analíticos y críticos lo proclaman en público:

El golpe de Estado del que nació el Estado (aunque se haya hecho a través de un proceso insensible) muestra un golpe de fuerza simbólico extraordinario que consiste en hacer aceptar universalmente, dentro de los límites de un cierto territorio que

⁶ Sobre la trascendencia de esta figura para la ciencia política, puede verse Jorge LOZA, “Sobre el árbitro en la teoría política”: *Foro Interno. Anuario de teoría política*, vol. 14 (2014), pp. 32-33.

se construye a través de la construcción de este punto de vista hegemónico, la idea de que el resto de los puntos de vista no tienen ningún valor, puesto que hay un punto de vista que es la medida de todos los puntos de vista, que es dominante y legítimo. Este tercer árbitro es un límite al libre arbitrio. Por un lado, existe el libre arbitrio de los individuos que pretenden saber lo que son en realidad y, por el otro, existe un árbitro supremo de todos los juicios del libre arbitrio —libres y arbitrarios— sobre las verdades y los valores que, dentro de ciertos límites, [este árbitro] es colectivamente reconocido como el que tiene la última palabra en materia de verdad y valores⁷.

NATURALEZA

La idea de que, naciendo en un territorio, surgimos con una inclinación patria, habla de un lugar en donde nace uno y se cría; desprende así una cierta visión de la cultura política como producto natural “de la tierra”. La conexión del patriotismo al territorio, casi al terreno, es esencial en el romanticismo y en la idea gótica de ciudadano generada en el siglo trece. Como canta el himno nacional francés, *La Marseillaise*: “Qu’un sang impur abreuve nos sillons”⁸.

El montaje artificial, histórico-artístico, de una identidad patria está atado a una manera fóbica de pensar. Marcar un espacio se hace sobre el mecanismo del principio disociativo. Yo estoy dentro, tú estás fuera. Pero en este caso usando como referencia la idea de territorio dibujado sobre el terreno y con fines constructivos de un espacio político.

El debate de Leo Strauss (1899-1973) con la tradición cristiana del derecho natural viene a ser un rechazo de esta diferencia en comprender lo natural⁹.

Strauss advierte contra esta manera de entender las cosas que va vinculada a un concepto de naturaleza griego, y que incluye la idea de paisaje nutriente de

⁷ “Le coup d’État d’où est né l’État (même si ça s’est fait par un processus insensible) témoigne d’un coup de force symbolique extraordinaire qui consiste à faire accepter universellement, dans les limites d’un certain ressort territorial qui se construit à travers la construction de ce point de vue dominant, l’idée que tous les points de vue ne se valent pas et qu’il y a un point de vue qui est la mesure de tous les points de vue, qui est dominant et légitime. Ce tiers arbitre est une limite au libre arbitre. D’un côté, il y a le libre arbitre des individus qui prétendent savoir ce qu’ils sont en vérité et, de l’autre, un arbitre suprême de tous les jugements du libre arbitre —libres et arbitraires— sur les vérités et les valeurs qui, dans certaines limites, est collectivement reconnu comme ayant le dernier mot en matière de vérité et de valeur”. Pierre BOURDIEU, “Cours du 8 février 1990”, en *Sur l’état. Cours au Collège de France*, 1989-1992, Seuil, Paris, 2012, p. 116. Debo esta referencia a Laura Adrián Lara.

⁸ [Que una sangre impura empape nuestros surcos].

⁹ Leo STRAUSS, *Natural Right and History*, The University of Chicago Press, Chicago, 1953, *passim*.

todas las especies; entre ellas, la especie reina, que es la humana. En este último caso brotará el concepto de raza, junto con el de inteligencia natural, alimentación y ser, clima y salud pública.

La construcción de un territorio y la de una identidad gótica irán siempre ligadas a la voluntad del ciudadano. Antes incluso de llegar al concepto más avanzado, casi intrépido, de *volonté générale* en Jean-Jacques Rousseau (1712-1772), se hace indispensable desde el inicio recurrir a la voluntad de cada uno para entregar nuestros derechos individuales a una entidad suprema que absorba esas capacidades y las depure de su impregnación de omnipotencia. La omnipotencia debe ser filtrada en cada uno de nosotros y concentrada en esa autoridad suprema con poder para dar y quitar la vida. La religión judía inventó el procedimiento, pero su absorción y continuación cristiana lo refinó de una manera fóbica.

Así, en la teoría calvinista cada ciudadano depone su omnipotencia voluntariamente. La voluntad de someterse, de sujetarse al Estado, tiene su origen en la visión gótica del ciudadano.

Las ideologías *góticas* se alzan en el siglo diecinueve como elementos movilizadores y todas ellas giran en torno a la voluntad. Sus líderes son generalmente mesiánicos, al menos en la fase en que quieren arrastrar a sus seguidores para configurar sus patrias y asaltar las instituciones.

Pero hay que tener en cuenta que, para apelar a esta voluntad como elemento crucial de la vida, habrá que cultivarla con cuidado desde la infancia de las personas y como centro de su identidad ciudadana.

MEMORIA

Hannah Arendt (1906-1975) señalaba a la voluntad y la memoria como componentes del gobierno ejecutivo del individuo. La razón para mencionar aquí la memoria es que no se puede ejercer la voluntad si no tenemos un registro de experiencias previo que nos dé forma a nuestra vida alrededor, nuestro entorno, por usar una expresión aristotélica popular.

No obstante, hay un problema que previamente les surge a los vigilantes. Se trata de esa *memoria verde* que no obedece las órdenes del ejecutivo/ voluntad. La memoria que sigue grabando aunque no queramos, la memoria que no se evacua aunque se lo pidamos, la memoria que se rebela a aprehender cosas que no le interesan al sujeto.

Por el contrario, la *memoria roja* incluye siempre lo registrado por orden de la voluntad que manda. Al igual que la secretaria solo *archiva* (de *arjé*) aquello que ha sido seleccionado por el jefe, la memoria recoge exclusivamente aquello

que ha sido reconocido como valioso por la conciencia que rige. Los elementos que son de poco valor van a la papelera. Al igual que pasa de manera burda en el manejo de nuestros correos en los ordenadores, mucho material se lanza a la papelera, otro queda desplazado como basura y hasta habrá material que se pierda en el olvido.

Lo que ocurre es que, como ya hemos estudiado en otro texto¹⁰, el olvido a veces es falso, nada creativo; responde a la intolerancia hacia recuerdos que no podemos o no queremos entender; son las amnesias y las amnistías. En algunos casos se desprecian como inútiles ideas que no aceptamos porque suenan mal, aburren o nos parecen disparatadas. Basta recordar el rechazo de *La Flauta Mágica* de Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791) en Milán, el fracaso de *La Gran Fuga* de Ludwig van Beethoven (1770-1827) en su estreno, la escasa comprensión de la creatividad de Johann Sebastian Bach (1685-1750) o el desprecio antiguo y moderno hacia las hermosas y sabias tragedias de Eurípides (480 a. e. c.-406 a. e. c.), para darnos cuenta del alcance siniestro de estos manejos del hombre occidental.

La importancia de la memoria como parte del ejecutivo humano hace que en la sociedad vigilante se imponga una inclinación al estudio de la historia como precedente de lo que somos y como carta de navegación para lo que debemos ser. Historia y moral se entretrejen en esa visión gótica de forma amenazadora para la libertad. Pocos objetivos son tan golosos para el poder ejecutivo como el control de la historia. En casos de nacionalismo activo, el furor por el control y manejo de nuestra historia, la de cada identidad, resulta abrumador e insostenible; a veces, hasta cómicos, como cuando un diario catalán postula a Sant Vicent Ferrer como gran figura europea del que nos dice que era:

Predicador dominico. Iluminado, taumaturgo, milagrero. Cruzó Europa y consiguió conversiones masivas, gracias a una oratoria mítica, hecha siempre en catalán¹¹.

Se hace imprescindible aquí llamar la atención de los pedagogos hacia esta desgraciada inclinación de las sociedades vigilantes. Los propios estudiantes acaban hundiéndose en estos anhelos identitarios porque les activan sus necesidades de identidad, ofreciéndoles una salida a sus inquietudes esquizoides muy atracti-

¹⁰ Javier ROIZ, *El experimento moderno*, Trotta, Madrid, 1992, capítulo 2.

¹¹ “Predicador dominic. Il·luminat, taumaturg, miracler. Va creuar Europa i va aconseguir conversions massives, gràcies a una oratòria mítica, feta sempre en català”. Ficha nº 25 s/d de la colección regalada a sus lectores por el diario *Avui*.

va en principio; se trata de llegar a “tener las cosas claras” e ir por la vida al fin “sin caretas”. Como hemos dicho, se trata de mecanismos disociativos que nos sacan del pensamiento para llevarnos por el brazo al campo de las verdades firmes y solemnes.

En tales circunstancias no cabe la disensión, ya que esta se apreciará como amenaza disolvente de nuestra identidad y, por tanto, peligrosa para nuestra integridad. Se puede decir que en el fondo de todos estos movimientos unificadores se esconde en algún lugar agazapado el miedo a volvernos locos, caer en la despersonalización, sentirnos perdidos o empantanarnos en la depresión que aparece como aburrimiento, *taedium vitae*, esplín¹² o depresión.

EL MIEDO A LA PSICOSIS: LA PAREJA PARANOIDE

La forma vigilante de mantener una identidad personal se basa en procedimientos como la segregación, separar lo malo de lo bueno, la identificación y la copia. Habría que añadir aquí la capacidad para absorber elementos de otras personas mediante la adhesión, la fusión y la expulsión proyectiva de elementos indeseados.

Los individuos vigilantes saben que están destinados a separarse constantemente de otras personas, comenzando por la madre, para ir alcanzando su adultez. Pero este proceso se ve complicado al tratarse del mundo interno, ya que en él no se da el principio de identidad, lo que quiere decir que es posible separarse sin dejar de ser iguales. Gravita aquí el peligro de las adherencias y el incesto.

Pero surge un problema. Cada avance en la individuación de las personas implica desgarrar. Así, puede llegar un momento en que no sepamos quién manda en nuestra vida. Se puede llegar a sentir que no hay nada en nosotros, ningún centro de gobierno capaz de ordenar y dar coherencia a nuestra existencia. Es el momento de la piedad, de la necesidad trágica de centrarse.

El asunto se torna serio cuando aparecen diferentes gobiernos en nuestro interior que se contradicen e incluso pelean entre sí. Los resultados pueden dañarnos, como en el caso del suicidio, la depresión, una manía compulsiva, una adicción, un tic nervioso u otras alteraciones del comportamiento. El caso más serio es, desde luego, la esquizofrenia paranoide porque equivale en la sociedad

¹² Este término inglés de *spleen* se refería en su origen griego al bazo como órgano que segrega los humores propensos a los sentimientos melancólicos. Hace alusión a un estado de tristeza difuso, sin saber bien su causa, y fue usado en la poesía del romanticismo. Lo haría popular Charles-Pierre Baudelaire (1821-1867). En España fue muy utilizado también por el articulista y escritor Francisco Umbral (1932-2007).

a una guerra civil. Puede pasar que una parte de nuestra identidad dé un golpe de Estado y se haga con el control y la represión del resto.

Una de las situaciones más desagradables que se pueden presentar a un ser humano es la de estar solo. Cualquiera ha experimentado lo duro de ir a un restaurante a comer, entrar en una discoteca o ir al cine en soledad. Pasear sin nadie al lado es un buen ejemplo de los peligros que nos trae esta situación. Claro está que a veces es necesario apartarse de los demás para estar con uno mismo. En los periodos de ensimismamiento, de estar en trance creativo o de pararse a pensar, se hace preciso retirarse, buscando esa compañía de uno mismo y de las distintas partes que nos hacen ser lo que somos y que a veces pasan desapercibidas; así, apartarse a meditar no viene a ser hundirse en la soledad, sino buscar la compañía de elementos internos nuestros que no siempre son atendidos o escuchados.

La búsqueda de emparejamiento es uno de los remedios más básicos y accesibles contra la soledad. Se necesita a veces con la fuerza de la adicción. Y es probable que el emparejamiento oculte en el fondo una necesidad adictiva, pero seguramente esto no lo queramos aceptar. Claro que, en una sociedad como la vigilante en donde la independencia del mando se hace tan prestigiosa, y en donde el ideal es vivir únicamente a nuestro libre albedrío, ¿cómo puede encajar en todo ello la pareja?

Para los vigilantes, admitir que estamos en dependencia de otro viene a resultar una claudicación, una pérdida de valor moral. Y oponen su fantasía de que debemos vivir a nuestra real gana, siendo los dueños y señores de nuestras propias reglas de vida.

En tal situación cívica habrá que camuflar la necesidad de pareja. Las justificaciones habrán de ser galantes, atractivas estéticamente y dejando claro que, si en algún momento ponemos en peligro nuestra independencia como individuos, lo hacemos de manera divina, buscando objetivos superiores como la creatividad en el arte y la ejemplaridad o santidad de nuestras vidas; en definitiva buscando la admiración e incluso la envidia de los demás. Estas parejas son exhibicionistas.

A veces puede que, al emparejarnos, tan solo tratemos de hacer lo que se espera de nosotros, buscar la aprobación de las autoridades o simplemente ser como los demás, ser piadosos. Hay que tener en cuenta que en la sociedad vigilante no existe la generosidad verdadera, todo es aparente; y sabido es que sin generosidad no es posible la admiración. Los vigilantes solo conocen la envidia, es una condena social para todos ellos por su tipo de régimen de vida.

Por todo ello, la búsqueda de pareja se tendrá que enmascarar como amistad, asociación idealista, cooperación o, en su forma más generalizada y descomprometida, amor.

Algún estudioso de las relaciones vigilantes, y desde dentro, llega a percibir en tal amor algo angustioso:

El amor es una situación vital que se vive como una toxicomanía afectiva; el final de la relación amorosa es equiparable a uno de esos intensos traumas afectivos que marcan la vida de todo enfermo paranoico¹³.

En medio de las relaciones amorosas aparece con frecuencia el fanatismo como conducta llevada a cabo con destreza, incluso con maestría, pero sin saber que se está incurriendo en ello:

Resulta sorprendente que el funcionamiento fanático, caracterizado por ser invasor e intoxicador de mentes, expansivo y hacedor-promotor de acciones destructivas de efectos tan perjudiciales para el individuo y, demasiado a menudo, para los grupos sociales, pase casi siempre desapercibido para quien lo sufre, para quienes caen en sus redes, para aquéllos que conviven alrededor de acciones fanáticas e, incluso, para la clínica psicoanalítica¹⁴.

EL SACRIFICIO

Para un vigilante, la idea de *sacrificio paranoico* es importante en el manejo de los sentimientos persecutorios, ya que una de las maneras de controlar es dar beneficios o cuidados excesivos o desorbitados. Eso sí, cuando tales atenciones no son correspondidas con la misma intensidad, esa persona se siente perseguida. Si no me dan mis amigos, subordinados o amores la misma amistad que les brindo, me sentiré herido porque no se comprende mi sacrificio. Aquí habría que diferenciar entre generosidad, encaminada a ensanchar las fronteras de nuestra vida y aceptar sus limitaciones, y el sacrificio que siempre hace referencia al manejo de lo más bajo y sucio: lo *sacer*.

La referencia inmediata es la madre que se sacrifica por los hijos sin esperar nada a cambio, ignorándose que en esa madre quedará siempre algún residuo de la mujer que vio como salía de ella y se separaba un ser humano con movimiento, iniciativa e inteligencia propios; un ser que proviene de una pareja y que hemos de buscar encuentre su propia libertad para la creación. Como señala Olievens-

¹³ Claude OLIEVENSTEIN, *El yo paranoico*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 59.

¹⁴ Cristina BETRIÁN I PIQUET, “Desvelando fanatismos cotidianos de la mano de un niño”: *Foro Interno*, vol. 3 (2003), p. 11.

tein: “El sacrificio es una obra maestra de la paranoia sensorial”¹⁵. Este pensamiento apunta con acierto a la interacción que se da entre la paranoia, la autoagresión y la inmolación.

La existencia del suicidio, con su realidad perenne, debería hacernos pensar en la existencia de otro tipo de suicidios: la inmolación. No se cierra la vida, pero se despedazan capacidades íntimas. En esta agresión la propia persona procede a la mutilación o daño propio de una manera que suele presentarse como inmolación al bien de los demás, sea de manera directa o a través de rituales y ceremonias religiosas o comunitarias. Recordemos que el concepto supremo de martirio fue un punto importante de separación entre el maestro Moshe ben Maimon, Maimónides (1138-1204) y otros rabinos góticos discípulos suyos como Moshe ben Nahmán, Najmánides (1194-1270).

Con frecuencia la tendencia a la agresión, el ataque contra un objeto externo, se puede convertir de pronto en un ataque desproporcionado contra uno mismo.

También ocurre al revés: la sensación de víctima perseguida puede empujar a un individuo —en casos críticos en los que las amenazas le inunden—, a convertirse en agresor y perseguidor.

RETORNO A LO FAMILIAR

La idea de democracia lleva consigo la idea de aventura: la aventura de la vida. Los demócratas dicen imaginar su destino en un ámbito público. Cuando hablan con más cariño del asunto, dicen que se refieren con ello a una ciudad en la que habrán de desarrollar sus vidas, lograr que sus potencialidades humanas se cumplan y actualicen. No hará falta subrayar el aristotelismo de estas propuestas. Pero, en cualquier caso, eso implica un gran salto. Consiste en salir del ambiente reconocible —sea cálido y amoroso o no lo sea— a un ámbito mucho más amplio y por descubrir. Un espacio que no se podrá recorrer con los saltitos del bebé o las piernecitas de un niño. Para moverse en este nuevo lugar se precisa entrenar recorridos más largos y ahora entra en escena la necesidad de ir deprisa porque esos trayectos están llenos, o pueden estarlo, de peligros desconocidos. Esto será fuente inextinguible de la llamada “angustia de espera” o miedo a un peligro que no sabemos exactamente cuál es.

¹⁵ OLIEVENSTEIN, *El yo paranoico*, p. 25.

Este planteamiento de vida, idea muy básica y compartida, tiende a asociar el sentimiento de felicidad y sobre todo el de seguridad —descanso, alimentación, higiene, consuelo— al ámbito de la familia, de la infancia original, una suerte de edad de oro. De hecho la palabra *familiar* será ya un adjetivo con validez universal para este significado.

En la sociedad vigilante, los comportamientos encaminados al control y el dominio son ubicuos y no respetan hueco ni línea alguna. Cuando los vigilantes deciden salirse del ámbito familiar, nos tememos sea más porque en esos espacios rige una dictadura absoluta que porque tengan intenciones de libertad: la apertura suele ser una acción mestiza. Ellos captan que los empujones y ánimos a que salgan —“a los sitios nuevos explorar”¹⁶— son acciones muy calculadas; de hecho, sórdidamente lo saben. Los personajes que navegan, o salen en autobuses de línea, hacia la emancipación ya están implantados de tejidos del núcleo que en el fondo piadosamente y en muchos casos malignamente reproducirán. Se van, como el pío Eneas, a la selva de la vida extra-muros con dos lanzas y, si desfilan, están convencidos de que saldrá a media selva “su madre al encuentro,/ llevando rostro de virgen y aspecto y armas de virgen/ espartana”¹⁷.

Se puede conjeturar que la mayoría de estas salidas no son huidas, sino escapatorias un tanto ruines y cómplices. Aunque se simula que se hacen con “ánimo quieto y mente benigna”¹⁸, no suele ser así. Ellos, como Hamlet y Pigmalión, hermano de la pobrecita fenicia Dido, conocen más o menos “de la casa...todo el crimen oculto”¹⁹.

El pío Eneas escapa de la ruina de su casa Troya. Él sabe que su salida no es voluntaria sino que ha sido “de Europa y Asia expulsado”. No huye tan sólo, sino que en cierto modo va marcado. Eneas no sale herido, sino tatuado de su ciudad. Y es cómplice de manejos oscuros, no mencionados, probablemente incestuosos. De hecho se lleva secretamente las esencias del lugar. Y se va con su fama intacta para llevar a cabo la misión sucia que se ha confabulado a desarrollar. Son escapes llenos de angustia y depresión, planes muy soberbios:

¹⁶ VIRGILIO, *Eneida*, p. 10 (I, 305-306).

¹⁷ *Ibid.*, p. 10 (I, 313-315).

¹⁸ *Ibid.*, p. 10 (I, 304).

¹⁹ *Ibid.*, p. 11 (I, 356).

Soy el piadoso Eneas, sobre el éter por su fama sabido,
 que en barcos, conmigo, llevo los penates²⁰ quitados al hoste,
 ...la diosa, mi madre,
 mostrándome el camino²¹.

PERDEDOR Y FUNDADOR

Resulta muy arduo desvelar estas tácticas perversas (“larga es la injuria, son largos/ los rodeos”²²) y seguramente, como pasará luego en la ciudad vigilante, nadie se enterará de ello. Aunque lo cierto es que no debería ser tan difícil. Claro que en la historia occidental ya hemos visto lo que costó aceptar, a pesar de su evidencia, hechos como que la Tierra se mueve, que los humanos somos una especie animal más o que la conciencia de nuestras vidas no es soberana.

Una de las grandes erratas de nuestras vidas occidentales es la consideración de la madre como urdidora en la sombra de estos planteamientos. Y creo que ha llegado el momento de retirar esta. Ayudaría mucho reenfocar la cuestión no hacia la madre, sino hacia el gran asunto humano del incesto, visto no como enredo sexual *intrafamilias* y sí como suprema tentación de no querer salir al mundo e incrustarnos en sentido contrario contra el útero matriz. En realidad esto no deja de ser un delirio omnipotente para evitar el terror a la muerte.

El personaje que escapa quiere llegar a ser en este caso, no olvidemos, un fundador. Para llegar ahí, ha de enfrentarse a “la errante luna y los eclipses de sol”²³. Para adentrarse en este tema del fundador/perdedor, Virgilio es un maestro maravilloso y su exposición de la vida de Eneas resulta inolvidable.

Es cierto que la fuerza del futuro fundador parece ya originada en esa madre que da vida y por eso Eneas, recuérdese que acaba de perder Troya, se puede llegar a sentir único:

Permaneció Eneas y refulgió en una luz clara,
 igual a un dios en rostro y en hombros; pues había la misma
 madre infundido en su hijo la hermosa cabellera y la lumbre
 bella de la juventud, y en sus ojos alegres honores²⁴.

²⁰ Los dioses protectores del hogar.

²¹ *Ibid.*, p. 12 (I, 378-379).

²² *Ibid.*, p. 11 (I, 341).

²³ *Ibid.*, p. 22 (I, 742).

²⁴ *Ibid.*, p. 18 (588-591).

Finalmente, Eneas escapa. En su aventura supuestamente liberadora encontrará a otra mujer decisiva: Dido, la reina fenicia “por su forma bellísima” que aparece acumulando feminidad por todas partes y rodeada de “magna caterva de jóvenes”²⁵.

Al encontrarla, parece que Eneas se ha enamorado. Dido le rodea “con sus abrazos y ósculos dulces”²⁶. “La fenicia Dido lo tiene [a Eneas] y lo demora con blandas voces”²⁷. Y no olvidemos que Eneas es hermano de Cupido.

En realidad, Dido solo barrunta que aquel Eneas está consignado:

¿Qué desgracia a ti, hijo de diosa, por tan grandes peligros
te sigue? ¿Qué fuerza a estas bárbaras playas te acerca?²⁸.

Se trata por el momento de una Dido alegre “que insta a la obra y a los reinos futuros”²⁹. Como nos resume el poeta: “Tal era Dido”³⁰. Pero Dido acabará suicidada en el fuego de un amor cerebralmente manipulado por un Eneas *inconsciente*.

Es muy ilustrativo que la figura de Eneas, derrotado y perdedor, haya de convertirse precisamente en un fundador. También parece que cumpla designios femeninos, pero no es así. Ya el exterminio, la explotación afectiva de la preciosa y leal Dido, es un aviso. El argumento final se descubre como algo verdaderamente siniestro cuando el fundador cumple sus objetivos.

Tanto Eneas como Julio César son importantes figuras para los niños occidentales, quién sabe si para el ser humano. Por eso el poeta nos asegura que César es “del hermoso origen troyano/ que acabará en el océano su imperio, en los astros su fama”³¹. Son en un sentido, los dos, muñecos soberbios, “cargados de despojos de oriente”³², abandonados a un mundo turbado. Como fundadores se mostrarán ya en su verdadera faz, bajo su impulso “se cerrarán, crueles, con hierro y estrechas trabas, las puertas de la Guerra”³³. Acabarán con los conflictos totalmente y para siempre implantando su absoluta preeminencia. Brota el delirio

²⁵ *Ibid.*, p. 15 (I, 497).

²⁶ *Ibid.*, p. 21 (I, 687).

²⁷ *Ibid.*, p. 20 (I, 670).

²⁸ *Ibid.*, p. 19 (I, 615-616).

²⁹ *Ibid.*, p. 15 (I, 504).

³⁰ *Ibid.*, p. 15 (I, 503).

³¹ *Ibid.*, p. 9 (I, 286-287).

³² *Ibid.*, p. 9 (I, 289).

³³ *Ibid.*, p. 9 (I, 293-294).

del padre —que no tiene mundo interno—, resabiado y pasivo ante el día a día de la vida, incapaz y aterrorizado ante la vejez, la enfermedad, la depresión de la rutina de los cuerpos y, en definitiva, de la muerte anímica y somática. Lo femenino acaba siempre doblegado y la vida convertida en tiranía oculta masculina y depresión femenina que sobrelleva con la conversación sobre enfermedades y la narración coloquial de las tragedias del vecindario. Difícilmente podrá la teoría política avanzar si no afronta este gigantesco montaje cargado de miedo. Temores conducentes en la mayoría de los casos a la avaricia por adinerarnos y al narcisismo individualista radical; eso sí, con ropajes diversos como ser artistas, benefactores o respetables ciudadanos.

No es de extrañar que muchos jóvenes, generalmente los más atrevidos y los más honestos, intuyan la sordidez de estos manejos y la complicidad de tantos sometidos que ellos ven alrededor. Su salida es el delito, la conducta maniaca o, lo más probable, los desgarros psicóticos.

En la superficie se mantendrá la estabilidad. Los sometidos están ya esclavizados, son *los esclavos felices*. La vida sigue su curso benevolente a la espera de morir lo más tarde posible. Será ya la obsesión universal: unos lo resuelven hablando de enfermedades y cánceres que les han pasado silbando como las balas de la guerra, otros la ignorarán con la orgía estética, los viajes, la alegría exhibicionista y los chequeos médicos.

Igual ocurre con la casa paterna o materna en donde los sirvientes entran a formar parte de la unidad social que se configura. La ampliación ocurre sin que por ello se altere la estabilidad, ya que ellos están igualmente enmarcados en un espacio dictatorial benigno y, al igual que con los niños, también son infantes y carecen de voz porque no se les escucha.

CANTO A LA DICTADURA

La asociación de dictadura con paz y restauración es por ello algo muy hondo en la sociedad vigilante. No podría decirse lo mismo de la idea de tiranía y esto es un avance. La tiranía no es sentida como fuente de alegría y orden, ya que genera sentimientos muy destructivos, principalmente humillantes, que promueven grandes dosis de locura enervante y no permiten asociar ese tipo de gobernanza a ausencia de psicosis. La locura va siempre muy de la mano de la muerte del buen juicio, de su ausencia. En cierto modo la dictadura sobre los sirvientes, familiares y niños de la casa familiar se vive por el contrario como un espacio positivo, dado que controla la contingencia de la amenaza de la muerte física: enfermedades, hambre, falta de recursos, desprotección frente a enemigos exteriores, soledad y desvalimiento. Claro que, para que esa dictadura no sea hiriente

ni genere locura, ha de procurar ser justa; y esto sí lo intentará lograr implantándose sobre los infantes e infantilizando a los que ya no sean niños. Se trata de que puedan mantenerse en esa situación humana sin sentirse humillados. De ahí la figura de los sirvientes de “toda confianza” o que son “como de la familia”. No es infrecuente que los sirvientes fieles reciban a veces parte de la herencia de los dueños o señores del hogar. También suele darse el caso de esclavos queridos a los que se les concede la libertad cuando mueren los amos.

En cualquier caso, el espacio infantil/dictatorial se mantiene en la sociedad vigilante como una posibilidad eterna de refugio. No tanto de paz tranquila, porque los vigilantes, en su búsqueda desenfrenada y perpetua de causas científicas, se mantienen cuestionándolo todo más como sabuesos policiales que como científicos. El vigilante es siempre sospechoso de todo o de casi todo. Sólo deja de sospechar cuando se droga o está exhausto, momento en que se dará un respiro por aflojamiento y durante el tiempo justo para recobrar fuerzas.

Con frecuencia se identifica nuestro mundo infantil más temprano con el ambiente de los padres y los hermanos. Ahora bien, sin negar que estos personajes sean fundamentales, creo que se comete un error al atribuirles la entidad de este periodo.

Los primeros años de la vida tienen mucho que ver con el lugar donde desarrollamos nuestros juegos y nuestros sentimientos. No es extraño que, por eso, los niños se quejen a sus padres cuando estos les desplazan de su casa a la de los abuelos o a otros sitios de celebración o vacaciones.

La importancia de la casa como escenario, en el sentido teatral más genuino, y no la comprensión vulgar que a veces se tiene de un escenario, implica que el desarrollo mental y afectivo de los niños requiere de objetos, rincones, de las luces de sus habitaciones, de los sonidos del barrio y a las distintas horas; de los olores y de los sobresaltos que este lugar en concreto les permitía asociar vivencias con escondrijos, habitáculos, techos, puertas, objetos y pasillos; y en donde todos estas experiencias iban quedando entretejidas o amalgamadas como si fueran verdaderos soportes de la vida, elementos que permiten a los niños digerir lo que van adquiriendo o desarrollando de una manera que le sería imposible hacerlo a ellos a cara y a pecho descubiertos. La casa como vivencia incorpora así no solo a los personajes, sino también a esa atmósfera que incluye luces, sonidos, temperaturas y un barrio que le dan al hogar infantil la complejidad que más tarde tendrá su vida. Incluye igualmente al vecindario a través de sus presencias y silencios, a los eventos imprevistos de la contingencia de la calle, a los visitantes posibles o reales. La idea de casa como escenario tiene aquí un significado esencial. Incluidos sus cambios o permanencias, sus alteraciones en la decoración o su persistencia en la inmovilidad de la decoración. Todo ello es parte tras-

cidental de la casa. Por eso no creo acertado ligarlo todo exclusivamente a los padres y los hijos. Una visión un tanto simplista y maníaca de la existencia en nuestros primeros años.

Los niños atesoraban en esos escenarios a sus amigos imaginarios, sus terrores nocturnos y sus perversiones, sus delirios fantasiosos para escapar de ese lugar tan oprimente que sin duda también lleva en sí muchas alegrías y plenitud.

No es difícil ver el impacto que dejan en los niños los traslados familiares o los cambios de vivienda, a veces con consecuencias muy graves para la sensibilidad de los que se van y de los que se quedan detrás, como esos amiguitos tristes ante la partida de sus vecinos.

Ya en el mundo de los mayores, aquí creo que radica uno de los graves deterioros de la vida gansteril, se intentará mantener la fantasía de que la casa sigue viva, una casa familiar un tanto mágica, en donde se resguarda y encuentra la razón clave de nuestra existencia adulta. Lo cierto es que, cuando se observa desde fuera, sin participar de esa visión delirante, se hace patente que los componentes de esa casa gansteril ya no están allí. Los delirantes no se dan cuenta de que los escenarios son contingentes y, por eso, el gánster intenta mantener el espacio como si fuera en sí el tablado en el que transcurre todavía su vida infantil. Si pueden, mantienen las figuras reales o ficticias de unos padres que siguen morando allí, de sus comidas, sus cocinas, sus objetos inamovibles como si fueran fetiches. Pretenden que, con esta obsesión mágica, ellos siguen adheridos a su infancia y nutriéndose de su sustancia omnipotente. Que están bien alimentados y protegidos contra la sinrazón.

Pero la verdad pública se halla muy lejos de todo este simulacro. Porque la vida infantil que estos individuos mantienen es solo un montaje que requiere de mucha inconsciencia, ceguera de no querer ver, ceguera histérica, y vínculos pseudoafectivos que son ligaduras muertas mantenidas de manera ficticia. Un mundo falso lleno de desesperación.

LA OMNIPOTENCIA COMO MEGALOMANÍA

*Imperium sine fine dedi*³⁴.

Es frecuente que una persona megalómana, segura en apariencia de poseer la verdad, se manifieste con dudas sobre sus dotes personales para hacerse querer más. En realidad lo que subyace es una voracidad insaciable del sujeto contra sí

³⁴ “El imperium sin fin les he dado”. VIRGILIO, *Eneida*, p. 9 (I, 279).

mismo³⁵. Todo ello quedaría a la vista si pudiésemos acercarnos a ese desequilibrio interno que suele deberse a pactos y contrapactos, coaliciones y peleas en la parte silenciosa de esa persona.

El dolor constante ante tantos temores radicales produce mucho sufrimiento al sujeto. La imposibilidad de encontrar equilibrio en su interior hace que la persona se incline a buscar la solución final de sus males, “de una vez por todas”. Es el caso, por ejemplo, de algunas conversiones. Y eso suele traducirse en muchos casos con la aparición de delirios: bien sean ideas desquiciadas o bien imaginaciones que ellos justifican.

Hay que decir algo sobre los delirios. Un delirio no tiene nada que ver con la profecía. Esta última introduce en la vida de las personas un conocimiento que nos abre las puertas al futuro y al cambio en la comprensión de nuestras vidas y de la de los demás. Su destino es una persona, el profeta, que tiene por misión no solo ser el receptor de tal fantasía, sino comunicársela a otros. La profecía nos acerca a la vida real en la medida que llena de contenido muchas circunstancias vividas, mientras que el delirio nos separa completamente de ella. No cabe dudar que el delirio, a su manera, intenta resolver nuestras dudas angustiosas, darnos respuesta a los grandes problemas dolorosos de nuestra existencia. Pero lo hace de manera obsesionada con dar solución a un fenómeno cargado de incapacidades y miedo.

El niño Roque que trata Cristina Betrián³⁶ imagina que en su casa por la noche entran ladrones a robar, lo que explica su agitación nocturna y que el sueño de la primera parte de la noche se le haya fracturado. Desde luego tales síntomas lesionan la tranquilidad y en definitiva la vida del muchacho, pero lo grave de la cuestión es que, además de tratarse de un montaje arriesgado para su salud mental, los delirios no dan solución a esas necesidades de aplacar el dolor psíquico y de calmar la angustia.

Un delirio, como ocurre con un tic nervioso, se queda en sí mismo. Y, por deberse a causas más hondas y encubiertas, a una censura del pensamiento, no aporta soluciones y sí encubre los caminos que nos pudieran llevar a una evolución más razonable.

La pregunta inmediata que nos surge en la teoría política es la siguiente: ¿y qué pasó cuando en la tradición cristiana occidental la función profética quedó anulada o cerrada definitivamente?

³⁵ OLIEVENSTEIN, *El yo paranoico*, p. 53.

³⁶ BETRIÁN I PIQUET, “Desvelando fanatismos cotidianos de la mano de un niño”, p. 11.

El cierre de esta capacidad intelectual, individual pero de alcance público, probablemente implicó un empobrecimiento de nuestras capacidades intelectuales.

Las familias intentan guardar al profeta para sí, evitar que hable a su ciudad. Dirán que para protegerlo, para evitar que abusen de él. Muestran en todo esto una astucia y una tenacidad fuera de lo común. Utilizan unos cuidados revestidos de ternura, severidad y preocupación que convierten a estos asuntos en el plato fuerte de la perversión de las familias.

EL NEOLIBERALISMO

Desde hace tiempo me ha parecido innecesaria la aparición de este concepto. Porque el liberalismo en sí ya presentaba la semilla de todo lo que posteriormente ha germinado en esta ideología romántica.

Las deformaciones sociales y políticas, para alguno las aberraciones del neoliberalismo, ya se hallaban incluidas en la teoría liberal original. No obstante conviene profundizar en este error tan común y que, de buena fe, muchos mantienen.

La primera observación que debemos establecer es que el liberalismo, como todas las ideologías románticas, es profunda y devotamente aristotélico. El mismo recurso de los liberales al historicismo pone en evidencia esta percepción de la vida como río que fluye y en donde las etapas se suceden una tras otra. Los liberales siguen rígida y fielmente el principio de identidad aristotélico y se permiten por ello fundamentar toda su acción en cuestiones como el despertar de potencias innatas en la sociedad, explotar benignamente posibilidades y, en conclusión, desarrollar las sociedades y la historia de la civilización hacia su culminación.

Para ello es necesario que tanto la ciencia como la experiencia cotidiana eliminen o no reconozcan, a pesar de las exigencias para que así lo hagan, la existencia de esa inteligencia silenciosa o mundo interno. Para la mentalidad liberal, los conceptos freudianos, la música o las aportaciones del teatro resultan inaceptables en el campo de la ciencia política. Se puede decir que la depuración de todo aquello que se salga del escenario corpóreo de la vida ha convertido la ciencia de lo público en un pensamiento vigilante y obsesivo; en una palabra, deforme. La retórica será una víctima de este avance militar de la dialéctica, lo mismo que ocurrirá con el teatro.

La negación del mundo interno se hace precipitadamente necesaria para mantener el principio aristotélico, para reafirmar la dureza de la sociedad vigilante. La sola aceptación de ese concepto demolería todo su edificio de visión, de pensamiento sobre lo público.

En realidad este defecto de la teoría liberal es aplicable también a las demás ideologías, a las que podemos considerar productos románticos. La negación del mundo interno es cierto que no se da burdamente. En casi cada ideología o conocimiento adscrito a la visión ideológica, se producen intentos de incorporar esa inteligencia silenciosa a sus saberes centrales. Pero distan mucho de ser suficientes. Se puede decir que esos conocimientos son contribuciones y, en algunos casos como obras literarias, musicales o plásticas, avances admirables del conocimiento humano. No obstante, con frecuencia se han quedado enmudecidos o amordazados una y otra vez por la piedad ideológica y la aplicación de las ortodoxias y las metodologías por encima de todo.

Hay que tener en cuenta que la piedad es un mecanismo muy agresivo y, aunque lo oculte, muy en contra de, por un lado, la mujer madre a la que se idolatra para aniquilarla; y, por otro, de la mujer esposa a la que se identifica con la maternidad presente o posible, en detrimento de la mujer libre y capaz de crear. Virgilio lo percibió asombrosamente bien en el caso de *pius Aeneas*. Nuestro héroe derrotado escapa de la Troya arruinada con afanes de crear vida nueva, fundar una ciudad, y para ello se lleva lo necesario para su seminalidad creadora:

Ea pues, caro padre; de nuestra cerviz ponte encima;
yo te alzaré en mis hombros, y no me pesará este trabajo;
doquier caigan las cosas, será uno y común el peligro
y una la salvación para ambos. Para mí el parvo Julo³⁷
sea compañero, y de lejos siga las huellas la esposa³⁸.

Casualmente pierde por el camino a Creusa, su esposa, que queda atrapada en el tumulto de la vida —como una niña desorientada, torpe en su sensibilidad amedrentada, un poco histérica en su incapacidad para la fortaleza paranoica, sin la fuerza creativa masculina y destinada a su infertilidad—. El héroe masculino, experto en la ficción impostora, aparentará agobio protector, retrocederá luego no se sabe si para buscarla de verdad a gritos o si en realidad lo que pretende es dejarla atrapada, con la coartada de sus falsos desvelos ostentosos, en la niebla del machismo piadoso que aprendió de un padre astuto y tosco:

³⁷ Su hijito.

³⁸ *Ibid.*, pp. 44-45 (II, 707-711)

Me atreví, con todo, a lanzar voces a través de la sombra
 [voces jactare per umbram]
 llené con clamor las vías, y sombrío, a Creusa
 en vano repitiendo llamé de nuevo y de nuevo³⁹.

El hombre vigilante y la mujer asimilada a él son en realidad personajes profundamente sometidos y acomplexados, dimisionarios, respecto a una vida para la que se consideran sentenciados a no disfrutar de verdad. Se apuntan a una estrategia ancestral en la que la figura de lo paterno, en su aspecto más innombrable, ya lleva en sí las alteraciones y los miedos, los profundos miedos, que montan las vidas de este tipo. El *piadoso vigilante*, siempre un impostor⁴⁰, no se cansará de proclamar su repulsa de la prepotencia del poder establecido y su predilección exhibicionista por la madre, el desvalimiento femenino, pero en la sombra se adherirá aterrorizado al machismo sombrío. El observador libre los reconocerá *velis nolis* por cómo se aferran y se descomponen —como los naufragos del Titanic— al enfrentarse a lo que son las realidades basales de este planteamiento: el dinero, la vanidad narcisista, la ambición secreta y el prestigio social.

Mas el padre omnipotente los ocultó en negras cavernas,
 temiéndolo, y una mole y altos montes encima
 les puso, y rey les dio, que, con un pacto cierto,
 supiera, mandado, oprimir y dar flojas las riendas⁴¹.

Pero, ¿qué va a ocurrir si nos desproveemos de las ideologías románticas tal y como las tenemos y utilizamos hoy? El panorama, quieras que no, asusta; ahora bien también ofrece posibilidades a la creación basada y meditada; en palabras del maestro Maimónides, a pararse a pensar.

No se trata de un rechazo de las ideologías al estilo de los libros reaccionarios o destructivos. Estas son obras que, desde dentro de la sociedad vigilante, han intentado a veces desmontar las ideas a favor de un pensamiento global como la tradición, el sedicente sentido común o el aclamado pensamiento único.

En el caso de la sociedad vigilante se requiere comprender su alcance por las características omnipotentes que conserva y que impiden el conocimiento. De

³⁹ Ibid., p. 46 (II, 768-770).

⁴⁰ Donald W. WINNICOTT, *Through Pediatrics to Psycho-Analysis*, The Hogarth Press, London, 1975, p. 139.

⁴¹ VIRGILIO, *Eneida*, p. 2 (I, 60-63).

hecho en el siglo veintiuno las ideologías seguirán siendo necesarias, como antes lo fueron las religiones, para orquestar la sociedad y mantener un equilibrio vital y público. Pero hoy ya podemos darnos cuenta de que, en contra de lo que prometían, no nos sacarán nunca del laberinto en el que nos hallamos metidos. Un laberinto dañino y frustrante porque nos moviliza intensamente a la vez que bloquea cualquier salida.

INDIVIDUALIDAD Y SOLEDAD

Un tema central para la persona que necesita ser ciudadano es el de la soledad: vivir y actuar solo. Este asunto ha sido abundantemente tratado por filósofos y poetas. Pero en realidad casi siempre se ha incurrido en la misma carencia de planteamiento: se estudia la sensación, el sentimiento de aislamiento en el adulto. No podía ser de otra manera porque el *logos* occidental no tiene suficiente acceso, no está al alcance de los dementes, los niños o los incapacitados para una mínima expresión lógica. Sólo con mucho esfuerzo y dificultades se puede tender un puente con alguien que carezca de acceso a ese *logos* occidental caracterizado porque piensa como si estuviera siempre en posición de combate.

La superación del aristotelismo con su principio de identidad trae consigo un replanteamiento de este *logos* como eje central del conocimiento. Al nacer, la persona tiene una situación inaccesible al *logos* discursivo. No obstante, el bebé inmediatamente identifica los sonidos, las voces y los tonos en que le llegan los demás.

La entrada por tanto en el mundo es de cierto una aventura en la soledad, en aceptar que nos hemos de valer por nosotros mismos. Entramos en escena con necesidades de soporte y asimismo de dar soporte a otros. Si consideramos el mundo de la creatividad a partir de la nada, las personas se adentran cada vez más en un lugar muy extraño y exigente, a la vez que reconfortante y placentero.

Uno de los problemas centrales de la política es vivir sin incurrir en la desintegración de nuestra identidad o caer en la psicosis.

Necesitamos juntar todos los elementos disgregados que poseemos. Faceta esta esencial ya que en nuestra construcción personal utilizamos como herramienta básica el mecanismo disociativo o *principium segregationis*: es decir, separar lo malo, que arrojamos a la basura, de lo bueno que incorporamos como material básico para crecer.

El tejer esos fragmentos, textualizar, recomponer con ellos objetos internos que nos permitan saber quién somos y hacernos agradables a los demás no es tarea fácil. La educación ayuda con mucha sensibilidad en todo este aprendizaje como si fuera una escuela de vida.

Pero el miedo a la disgregación, a perder por estallido nuestra identidad — ¡a que me estalle la cabeza!—, a su fragmentación porque se nos muevan los soportes de apoyo y aparezcan los rechazos, es esencial en la construcción de la persona pública.

Esto se puede aplicar también a las instituciones políticas, en especial a los partidos del Estado-nación. Su dependencia de los me gusta/no me gusta de la gente es transcendental.

Solo basta observar el *attrezzo* de los ciudadanos para ver cómo cuidan su aparición en los escenarios públicos. Los peinados, cortes de pelo, la ropa con sus marcajes, sus muestras de higiene y su caminar por la vida están muy cuidados, casi diseñados o cincelados como hacen los artistas con sus trabajos.

Se puede decir que la persona es un actor profesional del escenario de la vida pública. Se entrena o reniega de cualquier escuela de actuación al estilo del teatro de la espontaneidad, ensaya su caminar y sus posturas; cuida mucho su forma física, se adorna con postizos, ahorra y viaja con esfuerzo si es necesario para encontrar la ropa, adornos, aditamentos de cualquier tipo; se cuida el color de la piel, se opera para modelar su silueta, dedica horas incontables a cambiar o mantener las cualidades estéticas de su cuerpo: el cuerpo se vive como una proyección. No se vive en el cuerpo, tal cual; la persona se relaciona a veces con su cuerpo como si fuese un objeto, por eso dispone de él y lo *machaca en los gimnasios*, lo modela o incluso lo entroniza. El cuerpo le sirve para la transgresión, básicamente con psicotrópicos como el alcohol, medicamentos u otras drogas; quizá a través de la exageración masoquista de la austeridad, dietas y auto-castigos y tormentos; o bien a través de la orgía en donde con el cuerpo viajamos contra las líneas que nos ponen límites y los muros que nos encierran en el laberinto. Se trata de un cuerpo sin letargia, sin noche.

LA SALIDA DEL LABERINTO

La percepción de la vida pública como un laberinto es una realidad muy instalada en la sociedad vigilante. Esta figura aporta la impresión de que debemos estar en movimiento sin parar ya que en los corredores o pasillos del laberinto no hay nada que hacer, no son lugares para pararse a pensar ni a vivir.

El laberinto invita a un camino sin fin y frustrante. Se supone que vamos a un centro con Premio, pero lo cierto es que una y otra vez nuestros pasos nos conducen a sitios ya recorridos o a nuevos pasadizos que no tienen salida o nos desvían aún más.

En el laberinto (i) puede haber una salida, llegar al punto por el que decidimos penetrar allí; o (ii) un acceso a un centro en donde se supone que nos espera un premio.

Uno de los peligros del laberinto es que te puede dar la sensación de que estás activo, cuando no vas a ninguna parte útil. Incluso puedes estar empeorando las cosas, dirigiéndote a nuevos callejones sin salida.

Otra característica es que quien entra en uno de ellos siempre puede mirar al cielo. También al suelo, al menos puede reafirmarse no sintiéndose *de-solado*.

La sociedad vigilante, con su invitación al movimiento incesante, parece ser el caldo de cultivo idóneo para que se produzcan y operen este tipo de delirios, como es el laberinto.

Cuando las personas se enfrenten a la ansiedad, y consecuentemente se dispongan a aceptar la necesidad de moverse, es decir de no permanecer en el mismo lugar, una de las posibilidades es introducirse en el laberinto.

El entendimiento de la vida pública, del ámbito en el que deberemos desplegar nuestras identidades, invita maníacamente al *methodus*, a vivir haciendo nuestro camino, *ser caminantes que hacen vida*. La realidad es que tales caminos difícilmente pueden ofrecer llegar a ninguna parte. Para empezar, los planteamientos omnipotentes de las religiones ofrecen caminos sin fin, llenos de gloria y esplendor, pero en la vida de más allá de la muerte. En la vida terrena esos caminos quedan de alguna manera truncados y alicortados. Por eso, el animar a las personas a caminar sin parar puede llevar fácilmente a la decepción, si no al desengaño. De manera parecida, el empujar obsesivamente a la gente a despertar puede acabar en *insomnia*.

En tales situaciones en que a los individuos se les da cuerda sin fin y solo tienen ante sí caminos secos, aparece como posibilidad calmante el mito del laberinto. En Europa se ha usado mucho este símbolo para trazar danzas o hacer jardines, entre otros usos.

Pero aquí nos referimos a la configuración de la conducta pública, a esas vías que ocupan nuestra manera de vivir. Una manera de vivir que ha de ser sobre todo un vivir mientras no paramos.

Los vigilantes, a partir del siglo trece, se convencen de que ese movimiento sin parar es “hacia delante”. Hay que seguir para adelante sea como sea.

Para los ateos, el problema no es menor ni menos incomprensible. No entienden de un más allá, al menos así lo proclaman a los cuatro vientos. Pero también conectan su constante movimiento con el construir para el futuro, sean las siguientes generaciones o la Historia.

Vivir en un laberinto deteriora a las personas. Tiene la dificultad de que se puede estar viviendo dentro de estos recintos sin verdaderamente darse cuenta

uno de que está encerrado. El diseño puede ser ingenioso y los alrededores agradables por estar contruidos con materiales cómodos o sensorialmente agradables. Las condiciones ambientales a veces son excelentes por lo confortables y atractivas que resultan. En el caso de un laberinto con premio en el centro, la estancia que lo alberga adquiere un atractivo más. Se trata de la recompensa final, que suele ser de envergadura.

Pero, a medida que pase el tiempo, quizá los más perspicaces empiecen a tener la sensación de que ni están yendo a ninguna parte, ni se renueva el paisaje. Todo es amable y, ante todo, conocido. No hay pues sobresaltos ni miedos. El artificio está tan bien pensado que a la larga puede llegar a conseguir la extinción de la angustia de espera, ya que todo lo que va apareciendo es reconfortante, hay pocas novedades trascendentales. Solo cambia el clima —de ahí la insistencia en los informes sobre el tiempo—, una parte de la contingencia, casi la única contingencia aceptable o admisible. Cambian los vientos y la climatología, se suceden los días y las noches, se valorarán mucho los distintos matices de las luces y las sombras. Esto explica quizá por qué resultan tan cursis esas aficiones de los vigilantes a hechos que se repiten todos los años o todos los días, a cosas o fenómenos archiconocidos y que resultan mortecinos. De hecho, los niños y los más jóvenes que aún no han sucumbido a la vida persecutoria y estéril del laberinto, suelen ignorar estas aficiones; y no hablan del tiempo. Lo mismo se puede decir del hablar de enfermedades y tragedias, y de que los niños crecen, cambian con el tiempo o de que todos envejecemos. Esta práctica cultural genera coros pesados y aburridos que canturrean depresión. Y poco más. Lo interesante de la vida viene a quedarse en los avatares del daño mutuo. La tristeza, la ansiedad creciente y la despersonalización concurren en una atmósfera enfermiza que de alguna manera incrementa la ansiedad persecutoria. Hay que moverse a cualquier precio, viajar con o sin mochila, y se promueve la violencia mutua —dar cortes y mandobles, meter goles, arrasar— atizada por el dolor de la frustración.

Yo creo que en alguna manera las personas vigilantes perciben que esto ocurre así. Quizá no sepan determinarlo con la expresión justa, pero sus sentimientos se agitan y enturbian al mismo tiempo. Y los más bondadosos se sentirán agobiados.

Es de suponer que muchas o al menos bastantes personas se darán cuenta de todas estas limitaciones y acudirán a otros para encontrar apoyo y confirmación a sus inquietudes. Pero desgraciadamente no está garantizado que si una persona lo percibe, su pareja también lo haga; que si una hija lo sufre y se rebela, el padre la comprenda. El problema es que no todas las personas están igualmente capacitadas, ni tienen el coraje cívico para separarse de los demás y pararse a pensar.

Muchos conflictos —de *confluere*— en la ciudad vendrán propiciados y a veces hasta alentados por la situación tan dura de vivir en un espacio cerrado, cargado de ansiedad y de salida incierta.

GUARDAR EL EQUILIBRIO

A veces, y no con poca sabiduría, se intenta sobre todo *evitar los desequilibrios*. La falta de equilibrio, con el consiguiente balanceo exagerado hacia alguno de los lados, puede hacer sufrir porque se asimila a fealdad en la vida o a pérdida de control. La tendencia más general es la de admirar en el ser humano la equidistancia, la simetría —no tener la nariz torcida o las orejas desiguales—, el dominio de nuestra habilidad que nos hace evitar perder el rumbo o caer en la monstruosidad.

Al avanzar en la búsqueda de la salud mental, de la paz, de la belleza, no es extraño que se huya casi siempre de lo desigual, de lo monstruoso.

Por esa razón, en el gobierno de nuestras vidas no es raro que, cuando surja el dolor mental, la inquietud ansiosa o el miedo al abandono, se vigile más estrechamente el cuidado del equilibrio. Lo que en una situación saludable puede requerir jugar con probabilidades, experimentar algo nuevo, aceptar riesgos y apostar por situaciones nuevas o posibilidades hasta ahora no existentes, en casos de dolor o de dolencia se convertirá en muchos casos en el cuidado de la homeóstasis, el *statu quo* o sencillamente que no se nos muevan bruscamente las constantes vitales. En el lenguaje aristotélico más recalcitrante, estar bien centrados.

Quizá por ello quede un residuo muy difícil de afrontar. Se trata de la inclinación constante a reaccionar contra los cambios o las grandes aperturas de la vida, apuntalando por todos los medios el equilibrio de los ambientes matrices, ya se trate de la familia, el partido, la empresa considerada como la casa y el territorio nuestro exclusivo, bien sea geográfico, político o existencial.

En situaciones de falta de confianza en el suelo que pisamos es muy difícil encontrarse con saltos olímpicos.

Los vigilantes acuden con frecuencia al mantenimiento de un equilibrio que ellos asocian a seguridad y además a evitación de sufrimientos. Como verdaderos alumnos de Atlas, tañen música para serenar el aire con armonías y actúan como columnas centrales. Son indispensables en sus grupos:

La dorada cítara pulsa
Jopas melenudo, a quien enseñó el máximo Atlas⁴².

El asunto lo plantearémos en el exterior refiriéndonos a cuestiones sociales, políticas o de nuestra situación laboral. Y, dejando aparte que puede que esto ayude, no suele ser eficiente porque no afronta la verdadera causa de ese desequilibrio real que las personas están sufriendo muy íntimamente.

Mantener el equilibrio de una institución que está *per se* desequilibrada, y seguramente sin arreglo posible, suele llevar a conductas compulsivas y escasamente veraces. La persona no puede ver el problema donde está, así que lo trasladará a una especie de metáfora gris oscuro, de luces apagadas y futuro cada vez más angosto. Porque al no ser afrontado el verdadero problema de la situación, las cosas se irán agravando o descomponiendo, perdiéndose la compostura de los implicados; o, si se prefiere, perdiendo las formas.

Cuando la persona hace esto, no deja de captar que está dando soluciones falsas a lo que vive. No será extraño que aparezcan dolencias mentales como neurosis, obsesiones, fobias o conductas depresivas. Claro que, como la depresión no es tan solo tristeza, por eso se manifiesta al exterior a veces como conductas exageradas en el movimiento, el insomnio o los rituales.

Cuando con estos medios no reduzcamos el desequilibrio, es probable que se recurra al cuerpo. En estos casos nuestro organismo viene a ser la pantalla en la que se proyectan nuestros problemas dolorosos e insolubles, y la salud se quiebra. La nuestra o la de los que conviven con nosotros. Suavemente o no tan suavemente. Si la situación es grave o muy dolorosa para la persona, o si la persona es especialmente débil para soportar la angustia de espera, no sería extraño que se recurriera a curaciones mágicas como puedan ser la adición a las pastillas, a los medicamentos incesantes o a las intervenciones quirúrgicas superfluas.

EL RECHAZO Y LA EXPULSIÓN

Una de las manifestaciones más duras del principio disociativo es el recurrir al rechazo. Alguien puede pensar si esto no será más que una forma de abandono, pero no lo creo así.

En el rechazo se produce una transformación del sujeto que pasa de ser un perseguido por sentimientos dolorosos a ser un perseguidor que los va a provocar

⁴² “Cithara crinitus Iopas/ Personat aurata, docuit quem maximus Atlas”. VIRGILIO, *Eneida*, p. 22 (I, 740-741).

en otra persona. Hará que sea esa persona que, según él, le daña la que se convierta en atacada, despreciada; pero no lo será en realidad, ya que si es el objeto de todos los ataques es porque se la considera de importancia vital, aunque sea en sentido negativo. Se la ataca a muerte, para destruirla con sufrimiento: esa es la idea de arruinar Ilión (Troya). Su mayor aniquilación será desprestigiar al malo, que no tenga futuro digno, que la carga de odio que le inyectamos le deje inválido para trabajar, para disfrutar de la vida, y asimismo le incapacite para tener un porvenir.

En realidad en estos rechazos hay una carga amorosa. El objeto debe ser destruido, pero no extinguido en el recuerdo del vencedor. Los ganadores podrán pasearse por el terreno de la extinguida batalla sin tener el miedo de que ese enemigo se lo puedan encontrar, ya que ha quedado borrado del escenario corpóreo de la vida.

El rechazo en el campo del gobierno, y del desgobierno, se convierte en un mecanismo de actuación que en la sociedad vigilante pasa a ser un ejercicio básico de ciudadanía: el me gusta/no me gusta se transforma en fuente digital de valoración y de conexión entre las personas y los productos públicos.

Y así se ejercitará igualmente sobre las personas. Claro que tal ejercicio tiene sus consecuencias morales y psicológicas.

El rechazo da seguridad porque nos separa del objeto repudiado. Se evita con ello la proximidad y el contagio de cualidades no deseadas, a la vez que evita que su proximidad nos suscite sublevaciones internas, dudas dentro de nosotros o movimientos incómodos.

Ahora bien, para proceder al rechazo hay que partir de la condición de que ese objeto repudiado esté ya fuera de nosotros. ¿Qué ocurre cuando no es así y se encuentra en buena medida en nuestro interior?

En estos casos, se hace imprescindible pasar a la expulsión, la detección del objeto interno repulsivo y su cercamiento para proceder después a su detención y arrastre al exterior. Es evidente que, para este proceso, se necesitan funciones de policía y de espionaje.